

«La lucha de Kouchner por liberarse de su doloroso secreto familiar ha sacudido a toda Francia.»

The New York Times

Camille Kouchner La familia grande



Esta es la historia de una familia que amaba reunirse, comer, beber, reír, bailar y discutir. Que amaba el sol y el hedonismo de los días de verano. Este es el testimonio abrumador de una mujer que se atreve a revelar un secreto que guardó durante años. Un secreto que ahoga la memoria, que oprime, que anula el placer para siempre, que baila al ritmo del miedo y se alimenta de la vergüenza y de la culpa.

La familia grande, que se ha convertido en el fenómeno editorial del año y cuya publicación ha conmocionado a la sociedad francesa, no es un simple testimonio ni una venganza pública, es una obra magistral que reconstruye con una implacable precisión los mecanismos de dominación y pone en evidencia cómo la violencia sexual destruye toda certeza. La historia de esta familia es universal y manifiesta el poder de la escritura frente a la *omertà* y la ausencia de justicia. Es la historia de una liberación tardía y de una lucha por dejar atrás un mundo antiguo en el que reinan los depredadores.

Índice de contenido

I

II

III

IV

Sobre el autor

Notas

La autora ha cambiado algunos nombres.

A Marie-France.
Para Tasio, Elsa y Elias,
y todos sus primos y primas

Y mi corazón está sometido, pero no resignado.

VICTOR HUGO
«À Villequier», (*Las contemplaciones*)

I

Mi madre murió el 9 de febrero de 2017. Completamente sola en el hospital de Toulon. En su expediente médico pone: «falleció en presencia de sus allegados», pero ninguno de sus hijos se encontraba allí.

Mi madre, menudísima en una cama de hospital, murió sin mí. Y yo debo vivir con esa conciencia.

Tres semanas antes, se había enterado de que tenía un cáncer. Tres semanas de exámenes médicos que culminaron en una decisión absurda: vamos a operarla. Una segmentectomía basal, le extirpamos el tumor. No sufráis. Me escribió: «No te preocupes, que estoy acompañada».

Mi madre se escapó. Interrumpieron el tratamiento – nombre vano–, sin preguntarme mi opinión, sin esperar a que fuera a sostenerle la mano. Acabaron con su sufrimiento arrancándole el corazón. No le permitieron escuchar las palabras de sus hijos, palabras de consuelo o de ánimo, palabras de despedida, palabras de amor. Mi madre se dejó morir, lejos de mí.

Escribo estas palabras años más tarde. Escribo «mi madre murió» pero, en este preciso instante, no siento su ausencia. Por supuesto, tengo un nudo en la garganta y se me saltan las lágrimas, pero el desgarró es irreal.

A mi madre la perdí mil veces; esta vez no la perderé.

* * *

Sus ojos, quizá.

«Los ojos. ¿Podemos quedarnos los ojos?» Reenvió la pregunta a mis hermanos. Intercambio de mensajes. «Parece que todo está podrido menos los ojos. Nadie quiere los pulmones, el corazón o el hígado. Pero los ojos sí que se los quedarían. ¿Estáis de acuerdo? ¿Endosamos los ojos de mamá? Y por lo demás, ¿qué hacemos? Luz pregunta si nos parece bien que la entierren en Sanary. ¿Qué le decimos? Es lo que ella habría querido, ¿no?» No da tiempo a reflexionar. Responder de inmediato, para que las preguntas cedan, para que cesen. «Sí, sí, OK, si crees que está bien, sí, sí, OK.»

Desde la montaña adonde me he retirado, resuelvo los últimos detalles del entierro de mi madre. Luz, mi hermana menor, está en el hospital, en Toulon. Por teléfono, me dice: «Vaqueros y el jersey con capucha azul celeste que tanto le gustaba. ¿Qué te parece? ¿Te imaginas que le pongan bragas? Les suelto: “¡Ni hablar! ¡Mi madre nunca llevó bragas! ¿Estáis chalados o qué? ¡Lo vamos a comprobar!”».

Luz y yo conocemos la historia de las bragas, que nos convierte en unas huérfanas particulares. Para nosotras, las chicas, perder a nuestra madre desata el temor a que esos recuerdos se disuelvan. Desata el riesgo a olvidar algún día su imagen, en cuclillas en la hierba de Sanary, suspirando de felicidad. Todas las noches, «¡Niños, es hora de hacer pipí en la hierba!», para decir «Vamos a acostarnos». En el camino de la Granja, siempre en el mismo lugar, «con el culo al aire, todas juntas, ¡qué delicia! ¡Niñas, disfrutad de las ramitas! ¡Qué suerte no ser chico!». Entre mi hermana y yo, un lenguaje común, cruce de miradas para el día de mañana, para la vida de después con nuestras hijas, habrá que intentarlo. ¡Seguir siendo unas *sans-culo*-tes!^[1]

* * *

He dejado a mis hijos con su padre. Viajo al sur con mi hermano Víctor. Dirección Toulon.

En el TGV, gritos de niños, móviles, gente que come, agitación. Cuarenta y dos años, los dos cara a cara, mi hermano gemelo y yo, solo hablamos con la mirada: ¿Crees que lo conseguiremos? Te quiero. Aquí estoy. ¿Qué demonios vamos a hacer allí? Es el peor día de nuestra vida.

Víctor conduce hasta Sanary. Hotel La Farandole, en la punta de la cornisa, justo después de la playa de «pies al agua», donde, de pequeña, me picó una medusa. Siempre veíamos el hotel. De lejos, siempre nos impresionó. He pensado que estaría bien, que así tendríamos un lugar al que ir. El día antes, llamé a la recepción. «¿Para cuántas noches?» A ver... Ir al hospital para comprobar que realmente es nuestra madre a quien van a enterrar, recoger sus cosas, dormir. Una noche. Enterrarla, marcharnos. No tiene sentido alargarse. «Una sola noche, por favor.» Una frase que hubiera preferido no tener que pronunciar nunca. Acento cantarín del sur, una sonrisa al otro lado de la línea: «Será una estancia breve, entonces. ¿Viene por trabajo?» Con un «no» bastará. ¿Cómo explicárselo, si no?

* * *

Llegamos. Nos instalamos. Volvemos a salir. Tenemos que darnos prisa. Dirección al hospital Sainte-Musse de Toulon. Allí nos encontramos con Colin y Luz, mi hermano mayor y mi hermana menor.

Nada vivarachos, la verdad, no del todo frescos, tremendamente desamparados, pero, por una vez, juntos. Abrazos y silencio. Miradas expectantes. Sobran las palabras. Cielo encapotado. Sin duda, cada cual acecha la reacción del otro, nadie sabe qué hacer con esa pena. Nos sonreímos con dulzura.

Deambulamos por el hospital, buscando la morgue, como un grupo de *rock* un poco decrépito que se ha vuelto a reunir.

Ya estamos. «¿Y ustedes quiénes son?», nos espetan.

Las palabras me brotan de la boca, la lengua me golpea el paladar. Apenas se me oye. «Los hijos de la señora Pisier. Somos sus hijos.» El vigilante contesta con el mismo tono, él también parece molido: «Aquí no está. No, yo no la tengo. Ninguna señora Pisier. Yo no tengo ninguna señora Pisier. Lo siento». Qué desfachatez. Mi hermana prueba otra cosa, su apellido de casada. ¡Ya hemos encontrado a nuestra madre extraviada! Bastaba con cambiarle la identidad. «Ya pueden entrar. He intentado arreglarla, pero no era fácil...» Desde luego.

Tuve tantísimo miedo de entrar en esa sala. Tuve tantísimo miedo de que estuviera despierta, miedo de que estuviera desfigurada, miedo de que se negara a escucharme, miedo de no conseguir llorar, miedo de que se olvidara de que yo era su hija y de que me prohibiera acercarme.

Por turnos, uno tras otro, fuimos a comprobarlo. ¿El qué? No lo sé. Cada uno de nosotros entró, lloró y luego se alejó. Yo le di muchos besos, muchísimos, a su piel tan suave y helada, y después le pedí perdón. Durante un buen rato.

* * *

¿Dónde está el ascensor? ¿Dónde está el servicio de oncología?

En el hospital, unos zombis buscando las cosas de su madre.

Esta vez no nos equivocamos. «Venimos a recoger las cosas de la casada.» ¡Un grupo de *rock* a tope!

Una enfermera joven empuja un carrito con una enorme bolsa de basura encima: «Aquí está, no he encontrado nada más. Les agradezco que miren enseguida si todas sus pertenencias están ahí». Le cae en suerte al más viejo.

Colin abre la bolsa. Violentos efluvios del perfume de nuestra madre. Roqueros completamente noqueados. No tiene ni pizca de gracia, el recuento. Empecemos.

Nuestro hermano coge el primer objeto y nos mira, confuso. «¿Un mando a distancia? ¿Qué pinta aquí este mando a distancia?» La enfermera veinteañera, con todo el entusiasmo sureño, pone fin a nuestras preguntas con orgullo: «Es la política del hospital». Sonrisa de oreja a oreja. «El mando a distancia sigue al paciente. ¿Dónde está vuestra mamá?» Mis hermanos, mi hermana y yo, por una vez a coro, descorazonados: «¡Está muerta! ¿Cuántas veces hay que repetirlo?».

Bueno, vale... Su teléfono, su ropa, su ordenador, libros... Es tarde, vámonos, ¡que mañana será un día intenso!

Cenamos en la playa. En la mesa, lo que queda de nosotros: el hermano mayor, Colin, dos gemelos, Victor y yo, y dos adoptados, Luz y Pablo. Cinco en total. Orgullo de mi madre: «Cinco hijos, dos partos. ¡¿Quién da más?!». Un grupo de *rock* un poco cascado.

Mi prima Rose también está. Mañana asistirá a la apertura del panteón familiar. Timothée, su hermano, ha preferido no venir. Lo comprendo. Marie-France, su madre, que está enterrada allí, quedará a la vista. ¿Teníamos otra opción? Las hermanas Pisier se casaron con primos hermanos. ¡Qué estupidez, de todas formas, haber aceptado dejarlas tan lejos de su madre y de París! Tan lejos de nosotros. En el panteón familiar de su marido. ¿Qué ventolera nos dio?

En el restaurante, una mesa enorme. Están presentes casi todos los amigos de mi hermana, a quienes llama

«mis primos», hijos de los amigos de mi madre. Dulces, amables y tristes. Están allí, con nosotros, pero yo no los oigo. El padre de Rose también se acerca. Mi tío viene a darnos un abrazo.

* * *

Al día siguiente, vaqueros y jersey grueso. Me cuesta horrores salir de La Farandole. Volver a la morgue con mis hermanos y mi hermana. Ir a buscar a nuestra madre.

Antes, Colin, Victor y yo pedimos la autorización para pasar por la propiedad, llamada La Plaine du Roi^[2], última morada materna. Tenemos una hora. Podemos ir a su cuarto, pero nos advierten: «Ya se ha repartido todo o casi todo».

Una hora en la propiedad, una hora en el cuarto de nuestra madre en el primer piso, mientras sus amigos siguen en la terraza, sentados a la mesa, charlando, sin vernos.

Una hora en la propiedad, encerrados en su cuarto como ladrones, como rapaces que han ido a revolverlo todo.

Una hora en la propiedad, durante la cual mis hermanos buscan recuerdos de nuestra madre. Ni una sola foto, ni una sola carta queda.

Me llevo un jersey, una camiseta, su perfume y dos o tres broches de bisutería.

Abandonar la propiedad, esta vez para siempre.

Vamos volando a la morgue. De nuevo, debemos darnos prisa. Convoy de los cinco hijos.

En la salita esterilizada donde toco la piel de mi mamá por última vez, la vida lenta todavía se alarga. Gilles, el hermano de mi madre, y Cécile, su pareja, con nosotros, en silencio, han venido a cerrar el tiempo. Nos abrazamos.

El aire está enrarecido. La sala es minúscula para cinco hijos y dos supervivientes. En el ataúd, una rama de mimosa. El vigilante cansado nos pregunta: «Supongo que la mimosa se irá con la señora, ¿verdad?».

Silencio en el coche. Toulon-Sanary. Seguimos el coche fúnebre. Con prudencia.

Autopista de L'Estérel. Mi madre la detestaba con todas sus fuerzas. Cuando éramos pequeños, venía a recogernos cerca de Fayence, donde pasábamos el mes de julio con nuestro padre. Era una de las raras ocasiones en las que conducía largas distancias. A la fuerza. Organizaba el viaje como si fuera un juego: primera etapa, hasta la entrada de la autopista; segunda etapa, el peaje de salida; tercera etapa, llegada a Sanary. Cada vez, trofeos-besos. Durante todo el trayecto, como un ritual, Alain Souchon martirizado por nuestras voces alborozadas, liberadas por el reencuentro con ella: «*On avance à rien dans ce canoë... Tu ne pourras jamais tout quitter, t'en aller...*»^[3]. ¡Un canon profesional! Y por fin llegamos a la propiedad. «¡Bravo! Vuestra madre es una campeona. ¡Menuda suerte tenéis!» Menudo alivio, sobre todo, que hubiera venido a buscar-nos.

* * *

Cementerio de la Guicharde. Con Colin, pipí en la hierba, ¡esperadnos! Y luego un pie delante del otro. Bajar por la calle, pasar por la rotonda. Verlos, a lo lejos. Acercarse. Los amigos de mi madre. Una multitud. Esa gente que, en su mayoría, en un momento dado, fueron mis padres: Luc, Zazie, Janine, Geneviève, Jean... mi padre. Parecen ocupados, se dan besos y abrazos, pero se quedan apartados de nosotros, a un lado.

Para mí, nadie. Mis amigos, en ninguna parte. No me ha dado tiempo a contárselo. Contarles mi tristeza y mi terror, mi corazón en llamas y el hielo en los huesos. Contarles el vértigo que siento, la pesadilla de bajar por la avenida del cementerio, de cruzarme la mirada con esa gente a quien tanto quise y que se alejó. ¿Cómo iba a saberlo? Solo entierras a tu madre una vez.

En la entrada del cementerio, me pierdo en cuatro metros cuadrados. Ante mí, una *troupe* de cuerpos desordenados. Me tropiezo con uno. Levanto la cabeza. Le doy un beso a Luc, sorprendido y tal vez enternecido. Luc conoció a mi madre en la universidad. Filosofía y ciencias políticas. Luc me conoce desde siempre. Me suelta un «Aquí estás, cielo» que, por un segundo, me sienta de maravilla. Lo abrazo, intentando darle consuelo a él también.

Busco qué puedo hacer. Busco a mis hermanos. Estoy aterrada. Como si hubiera fastidiado la organización del concierto y todo el mundo estuviera esperándome con tomates y pullas. A mi paso, se apartan. En un silencio sordo y hostil, la muchedumbre prefiere hacerme el vacío. Nada que hacer. Me asfixio, como mi madre.

El coche fúnebre toma la avenida central. Ya es hora de ir. Agarro el brazo de Pablo, mi hermano menor, agarro el del mayor, al otro lado. En línea, nos apretujamos. Victor, Luz, Colin, yo y Pablo. Abandonados. Avanzamos. ¡Adelante!^[4]. Detrás de nosotros, nadie. Esa multitud que ya no es nadie, esa multitud como si no hubiera nadie. Esa multitud, como una lista de nombres.

En medio de esa nada, a lo lejos, el marido de mi madre, el padre de Luz y Pablo, se agarra del brazo de Boris. Se aferra al novio de su hija. Rodeados de algunos de los amigos de antes y de los de hoy, en medio de la avenida, los dos hombres andan como recién casados.

La muerte delante, la muerte detrás. A la cabeza de la procesión, nuestro grupo de *rock* avanza despacio. Como si los hermanos y las hermanas bailáramos pegados. Nos reímos entre sollozos. Para consolarnos. Para no caernos, sobre todo. «¿Quién se habrá acordado del mando a distancia? ¡No digáis tonterías! ¡Parece aquella telenovela que veíamos de pequeños!. Tiene que ver la tele como sea.» «¡Mierda, no hemos mirado si llevaba bragas! ¿Te imaginas que le hayan puesto un sujetador?» «¿Quién ha traído la mimosa, si no has sido tú?»

El coche fúnebre se detiene. La multitud que nos seguía se despliega, hacia delante y hacia los lados. Como indios en una colina, preparados para atacar la diligencia a la menor señal.

Nos quedamos solos, los cinco, junto al ataúd de nuestra madre, muy cerca de nuestra tía, cuya tumba está abierta de par en par. Mi prima se acerca, volvemos a abrazarnos. Le digo: «Mamá me llamaba “Camillou mía”. ¿Ahora quién me llamará “Camillou mía”?».

* * *

Asisto a la ceremonia sin participar en ella, como si levitara. Pienso en mis hijos. Para mis adentros, intento oír sus voces: «Mamá, ¿por qué nosotros no estamos?». Me aferro en vano a mis hermanos, como si pudieran sustituir a mis hijos.

El maestro de ceremonias abre las hostilidades: «Julien Clerc, tal y como han querido sus hijos, seguido por la intervención de los amigos de la difunta...»

«*On s'en fout, ma Doudou, on s'en fout [...] / Un beau jour / On mourra, ma Doudou [...]*»^[5].

Dirijo la mirada hacia esa gente unida y alejada de nosotros. Parece que reclamen algo, parece que esperen que me derrumbe, parece que quieran que nos arrepintamos y que nos larguemos.